

LEROUX

LA REINA
DEL AQUELARRÉ

I

PQ2623

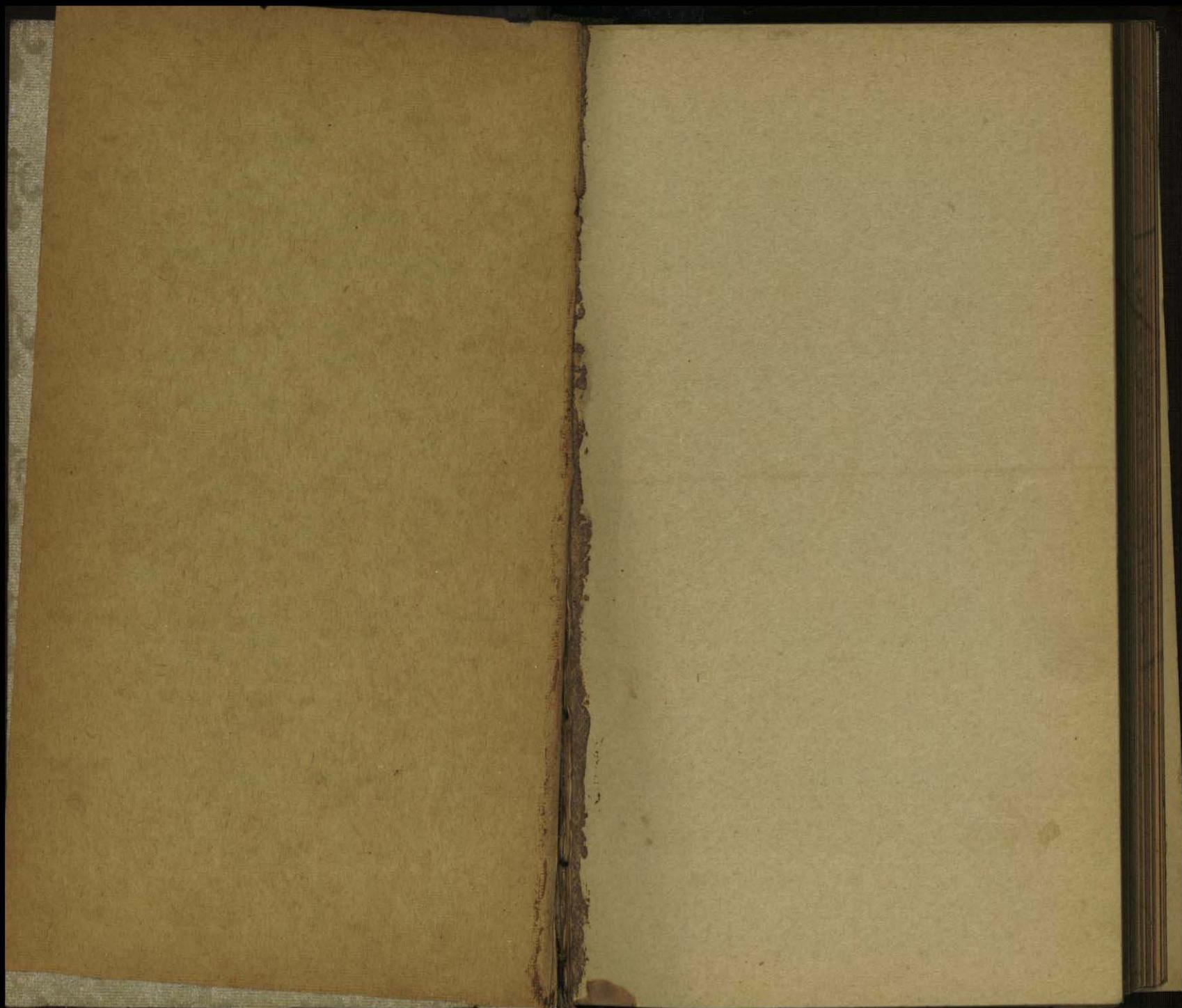
• E6

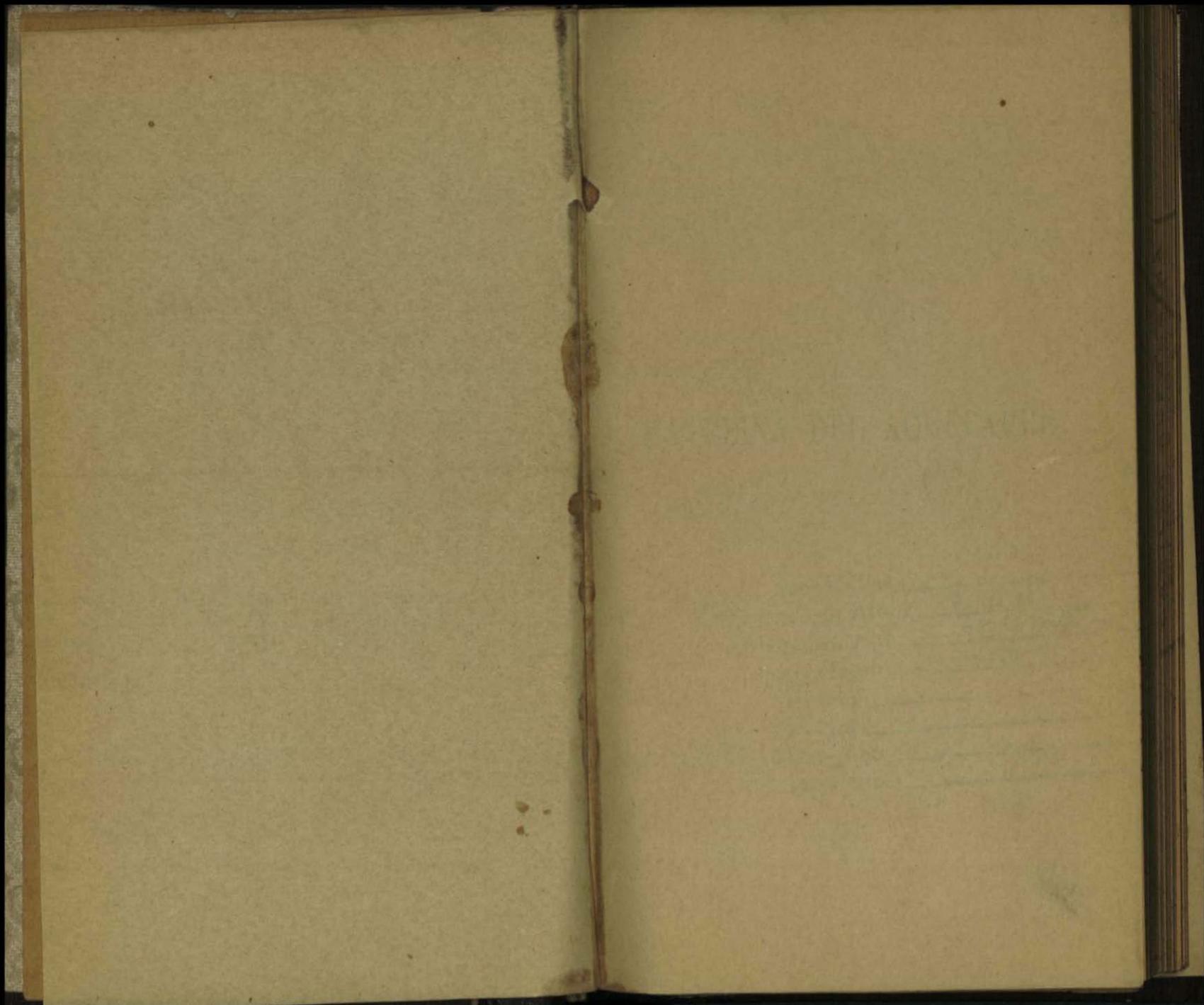
R45

v. 1



1020027029





LA REINA DEL AQUELARRE

Num. Clas.
Núm. Autor
Núm. Adq. 30425
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

GASTÓN LEROUX

La Reina

del

Aquelarre

TOMO PRIMERO



85581

LIBRERÍA DE LA V^{da} DE CH. BOURET

PARÍS

MEXICO

23, rue Visconti, 23

Avenida Cinco de Mayo, 45

1912

Propiedad del Editor.

30425

843
L.

PQ2623
- EG
1245
V.1

Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme á la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA

REINA DEL AQUELARRE

PRÓLOGO

« A las dos y cuarto,
Y del tiempo al son:
Que Jesús se encuentre
En tu corazón.

1

REINALDO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo.-1625 MONTERREY, MEXICO

À las dos de la tarde el Palacio Real parecía casi desierto é iluminaba un bello sol de otoño la extensa soledad del jardín abandonado. À lo largo de la galería que bordea la calle llamada Bons-Enfants, deslizóse una sombra y al mismo tiempo resonó sobre las sonoras baldosas el paso varonil de alguien que caminaba por frente á los tendejones.

Era aquella la hora de la siesta y de la perezosa sobremesa en el interior de las oscuras trastiendas. Ningún ojo curioso vino á atisbar tras las vidrieras el

paso de aquel solitario, no obstante su singular vestimenta.

Echada sobre los hombros llevaba una pesada capa de terciopelo negro que le cubría todo el cuerpo; caíale por la espalda en pliegues armoniosos y descubría en la parte baja un forro escarlata. Ostentaba bajo el sombrero de fieltro negro, de forma « Directorio » y adornado por delante con nudo de terciopelo sujeto por hebilla de plata, uno de los más nobles semblantes que puedan contemplarse: perfil de aristocracia real y palidez mate iluminada por el fulgor de chispeante mirada.

Por lo demás, toda la persona del misterioso desconocido revelaba la más viva agitación. De sus labios entreabiertos se escapaban palabras extrañas y arrugaba entre las manos un papel que luego rasgó y cuyos pedazos arrojó al viento desdeñosamente.

Al llegar al término de la Galería de Orleans, tomó á la izquierda y se detuvo en un corredor del palacio, frente á la vidriera de una humilde tienda cuyo letrero rezaba: « Bautista, relojero. »

En efecto, al través de la vidriera se veía á Bautista trabajando.

Con el lente puesto en el ojo y unas pinzas diminutas en las manos, examinaba atentamente la máquina de un reloj. Veíanse en derredor de él, sobre su obrador, todos los utensilios del arte, piezas pequeñas y resortes encerrados en vidrieras; martillos, buriles, fierros, limas. Colgaban de las vidrieras algunas cadenas de plata, unos tantos relojes, algunas sabonetas. Todo era pobre y no se veía allí ninguna joya.

El personaje que nos ocupa empujó la puerta y entró. Eran exactamente las dos y diez.

Bautista levantó su cara tranquila, aunque surcada

por arrugas, al entrar el visitante; bien se echaba de ver que su larga barba había encanecido prematuramente.

— Buenos días, Señor Bautista, dijo el huésped inclinándose ceremoniosamente con gentil ademán. ¿Continúa Ud. gozando de buena salud?

— Magnífica... contestó el relojero, dejando el lente sobre la mesa é irguiéndose, recto, como un veterano; muy buena y *esta es precisamente la hora del día en que me siento mejor, sobre todo hoy...* Viene sin duda el señor en busca de su encargo?... Si tiene la bondad de acompañarme...

Al dirigirse los dos hacia el interior de la tienda, levantó la cabeza un aprendiz que se hallaba ocupado en limpiar unos instrumentillos de acero, asombrado quizás por la presencia de un ser tan extraño en aquel lugar, como era un cliente.

— ¡Quieres ponerte á tu trabajo, inútil, perozoso bandido! exclamó el relojero, haciéndole inclinar la cabeza de un coscorrón.

El visitante no pudo contener una mirada de conmiseración para con el aprendiz. Mas, cosa extraordinaria, este último, al sentir el golpe, habíase erguido como hacen esos peleles de resortes que, al pegarles en la cabeza, saltan de la caja que los contiene y se balancean en el aire con piruetas diabólicas. Á menudo sucede que esos peleles os sacan la lengua; el aprendiz le mostraba la suya, roja y sana, al relojero; y luego, después de haberse estirado en esa posición tan increíblemente que casi pegaba con la cabeza en las vigas del artesonado, sentóse de nuevo, ó más bien, púsose en cuillillas.

— ¿Qué significa ese mecanismo? preguntó « Monseñor ».

— Qué ha de ser, Monseñor; mi nuevo aprendiz; se llama Juanillo, no ha cumplido aún los diez y seis, mide ya dos metros, quince centímetros, es el tormento de sus padres y morirá en el cadalso.

El nombrado Juanillo, á guisa de protesta, se contentó con *menear las orejas*.

Detuviéronse los dos hombres ante una puerta que llamó poderosamente su atención. Abrióla Bautista con una llave que sacó del bolsillo.

Cerraron tras sí la puerta y se hallaron en una pieza estrecha, á donde no penetraba la luz sino por una pequeña ventana abierta en lo alto del muro, luz que se derramaba á torrentes sobre un inmenso cuadro que cubría casi completamente el muro opuesto; en los tres restantes sólo se veían relojes, todos iguales, del tamaño de un duro y en número por lo menos de trescientos.

El cuadro, aunque de buena escuela, representaba una escena extraña y melodramática: campo de manobras; pasaban la revista de las tropas un grupo de oficiales de Estado Mayor, envueltos en blancas túnicas, galopando tras un personaje cuyo noble continente, el respeto que le tributaban y las aclamaciones con que lo saludaban al pasar, indicaban claramente que era por lo menos un archiduque.

En el primer plano de esa pintura patrioter y sentimental, una joven de rara belleza, con la mirada fija en el príncipe, desmayábase en brazos de sus padres atribulados.

Al penetrar en el cuarto, Bautista contempló el cuadro y el visitante los relojes: todos marcaban la misma hora, la que era realmente: las dos y catorce minutos.

A las dos y cuarto, todos dieron doce campanadas.

Ni Bautista ni su cliente extrañaron oír dar las doce por relojes que marcaban las dos y cuarto.

Cuando hubo cesado el campanileo, tomó el extranjero uno de los relojes y lo examinó atentamente.

Sobre el esmalte blanco del cuadrante se leía, en caracteres rojos, la inscripción siguiente:

A las dos y cuarto
Y del tiempo al son:
Que Jesús se encuentre
En tu corazón!

Echóselo al bolsillo y mostrando los demás que tenían la misma inscripción, aunque en caracteres azules, preguntó:

— ¿No falta ninguno?

Bautista movió negativamente la cabeza. Luego clavó sus ojos en los del visitante y su triste mirada se iluminó con fuego siniestro:

— Reinaldo, dijo, ¿están tus compatriotas apercebidos?

— Lo están, contestó, y sólo esperan una señal.

— Que no se impacienten, dijo Bautista... y tú, obra con cautela!

Tembló al escuchar tal recomendación, mas permaneció mudo.

Bautista le preguntó, balbuceando:

— ¿Irás esta noche?

— Sin duda, contestó Reinaldo con voz apagada; aunque acabo de recibir un anónimo en que me amenazan de muerte.

— Bien lo ves! Son capaces de todo! No andes prevenido!

— No creo que me asesinen en pleno salón!...

— Precávete y lleva tus armas.

— Sí, contestó el otro con arrogancia, llevaré mi violín!

Bautista le apretó las manos cariñosamente y tras breve pausa se atrevió á darle un consejo:

— Reinaldo... mejor sería que no fueras!

Al oír estas palabras, palideció su interlocutor.

— Bien sabéis que desde hace dos años no la veo, contestó. Preferiría morir!

Callaron y pusieronse á descolgar los relojes para colocarlos en dos cajas que se hallaban en el suelo y que se parecían á las que emplean los agentes viajeros para cargar sus muestras. Pesada debía ser la carga, mas Reinaldo llevóse las cajas con gran desembarazo. El relojero acompañó al visitante hasta el umbral de la puerta. Reinaldo descansó un momento de su carga. Luego se dieron la mano con emoción que inútilmente trataban de dominar. Entró de nuevo Bautista á su tienda, amonestó al aprendiz, colocó la lente en el ojo y continuó su trabajo mientras murmuraba: « No es posible que se atrevan ».

Reinaldo salió á la calle con las cajas bajo el brazo, siguió hasta el final del Palacio Real, detúvose frente á la calle del Banco, enfiló la galería tras haberse cerciorado de que no le espían y bajó por una escalerilla á unas bodegas en donde aún se vende cerveza Pilsen. Cuando reapareció solo traía una caja. Llamó un coche. Al subir al vehículo, cruzó la mirada con la de un ambulante vendedor de paraguas y se dijo:

— ¿ Dónde diablos he visto yo esa cara ?

Indicó al cochero que le llevase al Hotel Espléndido. Allí le aguardaba una calesa, tirada por un soberbio tronco. A ella trasportó personalmente la caja que le quedaba y después de dar una orden al lacayo, arrancaron los caballos en dirección al Sena, que atrave-

saron; pasaron como flechas por los barrios de San Germán y de las Escuelas; ascendieron la pendiente de los Gobelinos y finalmente salieron de París por la puerta de Italia.

No se detuvieron sino tres kilómetros más adelante, en el linde de un campo raso donde sólo se veían basuras, cascotes de botellas y una miserable barraca ambulante con este letrero: « Aquí se halla la Campesina de la Selva Negra ».

Si por ventura fuese « la Campesina de la Selva Negra » aquella mujer que sostenía su barba con las manos sentada en las gradas de la escalerilla, bien hubiera podido decirse que tenía aspecto de verdadera bruja. No eran más sucias, desmazaladas, diabólicas é iluminadas las que encontró Macbeth. Con mirada atónita veía aproximarse el personaje.

Cuando llegó éste al pie de la escalerilla, levantóse y dijole con voz enronquecida:

— Sube. Te esperaba, pues los augurios son terribles.

Acompañóla, con la caja bajo el brazo, al interior de la barraca. En la extremidad del saloncillo ambulante había una cama y de las paredes como del techo colgaban diversas plantas aromáticas, pectorales, raíces de helechos, de trinitarias silvestres y de otras plantas que poseían virtudes misteriosas y cuyo secreto conocía seguramente la Campesina de la Selva Negra.

— He aquí las horas! dijo el personaje, entregándole la caja. Conoces tu deber, Giska. No puedo perder el tiempo en requilorios. Adiós!

La vieja le asió el brazo.

— Aguarda! dijole. Tengo preparado algo para tí. Tan cierto como que fui convertida en gata, no saldrás de aquí *sin enterarte!*...

Y sin darle tiempo para protestar, arrojó á un bra-

sero encendido un puñado de granos que llenaron inmediatamente la barraca de humo y olor insoportables. La hechicera echóse al mismo tiempo sobre una especie de trípode formado por tres ramas de haya y, cual la antigua pitonisa, empezó á trasformarse bajo la influencia de los efluvios.

Púsose á pronunciar una serie de vocablos raros, acompañados de gritos guturales y extraños, que sin duda significaban algo muy siniestro, pues Reinaldo se alteró notablemente.

Cuando se hubo callado la hechicera, despojóse de la capa, y Giska, que le miraba con ojos enloquecidos de sacerdotisa en oración, le vió sobre el pecho, atada en forma de cadena, la fusta con mango de cobre y largo látigo del Gran Coesre (1).

Descendió entonces del trípode y se arrodilló ante él. Reinaldo desató la fusta y entregándosela, le dijo :

— Giska, si no me vuelves á ver, llévalas esto á las Tres Marías del Mar!

Luego salió bruscamente de la barraca y montó de nuevo en la calesa.

Los caballos regresaban al galope por el camino de París cuando, súbitamente, por sobre la rasa llanura, fría y desierta, pasó un grito desgarrador que voló con el viento, alcanzó á los caballos é hirió el oído de Reinaldo :

— ¡No vayas esta noche!

(1) Gran Coesre es el título que se da al rey elegido por los Bohemios y por todo el pueblo gitano.

II

SARAO ÍTIMO EN LA EMBAJADA DE AUSTRASIA

Aquella noche, á las diez, apeábase de la calesa, ante la resplandeciente fachada de la Embajada de Austrasia el cliente de Bautista. A recibirlo se apresuró obsequiosamente un ayudante de campo.

— Maestro, exclamó, os esperan con gran impaciencia. Creíamos ya que no vendríais.

— ¿Porqué no había de venir, caballero? contestóle con arrogancia. ¿Acaso no prometí hacerlo?

El ayudante condujo rápidamente al recién llegado á un saloncillo que hacía las veces de bastidor en el teatro que habian improvisado en la espaciosa galería de la Embajada; allí se despojó de la capa y apareció en sencillo y elegante traje negro, atada al cuello la corbata del Aguila Negra y de Carintia y condecorado con la Legión de Honor.

Echó hacia atrás los rizos de su cabellera con ademán de león impaciente, y después de haber afinado las cuerdas del violín que le presentara el lacayo, anunció que estaba listo.

Tan pronto como lo supieron los espectadores, es-

talló una salva de aplausos, raro acontecimiento en aquellas fiestas reales. Mas el rey y la reina de Carintia habían dado la señal de los aplausos. Inmediatamente avanzó en la escena, noble como el más noble de los hospodares, el conocido profesor Reinaldo Rakovitz-Yglitza.

Después de saludar á los príncipes y princesas, principió á tocar con ejecución vertiginosa.

Cuando le hubo arrancado al instrumento el último acorde, produjose un verdadero delirio. A los pies del arte yacía vencida la etiqueta.

Escuchó, muy pálido, las aclamaciones de aquella asamblea aristocrática que permanecía de pie, tras de los reales huéspedes. Y osó mirarla, á ella, á la reina, á su María Silvia adorada, su augusta soberana.

Fué aquella mirada una centella que consumió sus almas enamoradas.

Mientras la entusiasta aclamación subía hasta él, formándole en derredor un halo de gloria, sólo veían sus ojos á María Silvia, su bien.

Recibía aquellos homenajes con ánimo sencillo y digno, cual convenía á tan grande artista y ejemplar más noble de la raza gitana, heredero de aquellas princesas de Buda que pretendieron antaño el trono de San Esteban. Generalmente hacíase dar tratamiento de príncipe y juzgaba tener derecho á codearse con cualesquier altezas. Lo cierto es que era señor y maestro de su arte, pues tocaba el violín con maestría y originalidad incomparables.

El entusiasmo de su ejecución consumía las cuerdas del instrumento. Contaban que siendo aún muy niño, su arco habíales señalado á los Valacos el camino de la victoria y que durante la batalla que éstos trabaron contra los turcos, habíanse escuchado, más vibrantes

y sonoros que los estampidos del cañón, los acordes de su violín. Desde aquel entonces habíase extendido su fama por toda la Europa y se lo disputaban tanto en las cortes de Alemania como en las de la vieja Austrasia.

Mas, ¿qué precio podía tener la gloria á los ojos de Reinaldo, cuando en su corazón se albergaba el amor?

Tan pronto como cayó el telón, invadieron la escena espectadores deseosos de felicitar al gitano. Este permaneció sordo é indiferente á los halagos, aferrado á un roto del telón por donde todavía le era posible contemplar el objeto amado.

Solamente veía á María Silvia, su bello semblante reposado, adolorido y dulce, y sus grandes ojos de espléndida tristeza. María Silvia, reina y mártir! Por fin, al cabo de dos años, habíala visto!... Dos años alejado de ella, para ponerla á cubierto de los celos de Leopoldo Fernando, ese borrachín de fuerzas hercúleas, que siempre andaba arrastrando el sable y cuyo uniforme parecía cubrir una de aquellas gigantes osamentas que exhiben en los museos antropológicos como *espécimens* de la más remota y salvaje humanidad. Con Fernando Leopoldo, terrible cazador, bebedor terrible y terrible esposo, habíanla obligado á casarse, por orden de Francisco, emperador de Austrasia.

El rey de Carintia, sentado al lado de la reina, volteábale groseramente la espalda en aquel momento y conversaba en voz alta y bronca con el joven príncipe Carlos de Bramberg, á quien ya llamaban « El Príncipe Rojo » con la segura intención de aludir á sus instintos batalladores y feroces.

En cuanto á María Silvia, parecía traspasar con la mirada el telón que le había privado de la vista del gitano. Y como si estuviese convencida de que otra mirada habría de seguir la dirección de la suya propia,

entornó los bellos párpados hasta encontrar dos adorables cabecitas, las gemelas de Carintia que tanto empeño habían puesto en venir á aplaudir á su amigo Reinaldo, á quien no veían desde mucho tiempo atrás.

El gitano no pudo contener un suspiro, tales eran los sentimientos de amor y de dolor que se agolpaban á su corazón al ver á aquellas maravillosas criaturas. Las chicas se daban la mano y reían. Podrían tener doce ó trece años de edad y se parecían tanto, tan increíblemente, que el observador, estupefacto y turbado, llegaba á creer que aquello no era sino una doble imagen evocadora del adorable perfil de María Silvia. Ciertamente eran gemelas, mas nunca se vió que dos hermanas, venidas juntas al mundo, luciesen gracias tan iguales, formas tan semejantes, tan idéntico mirar profundo, inteligente y puro, y aquella sonrisa única que dibujaban sus bocas bermejas.

Las dos tenían los cabellos negros y ensortijados; en fin, era tal la semejanza que se diría habíase complacido la naturaleza, que en todo el universo no ha hecho dos hojas idénticas, en formar dos chicas tan parecidas que era casi imposible distinguirlas.

Reían al impulso de la felicidad que les producía el gran éxito alcanzado por su amigo Reinaldo. Se les oía contarse futilidades melodiosas en lengua extranjera. Y continuaban asidas de la mano como si no les fuese posible separarse un solo instante.

El gitano murmuró con voz apagada :

— Regina !... Tania!

Levantáronse á una señal que les hizo una noble matrona, enteramente vestida de negro y coronada por magnífica cabellera blanca. Era sin duda el aya y debía conocerla Reinaldo, pues al pasar el grupo por

frente al teatro, murmuró otro nombre y una lágrima rodó por su mejilla.

Seguramente no le habría producido tanta emoción pronunciar el nombre de su madre como la que experimentó al pronunciar estas tres sílabas : *Orsova!*

La noble matrona tembló como si las hubiese escuchado y pareció como si su viejo y bello semblante, de rasgos marcadísimos, tipo admirable de bohemia moldo-valaca, hubiese sido iluminado por breve llama... « Cuida de ellas, vigílalas bien, Orsova!... »

Al mismo tiempo, una corista que atravesaba la escena llevando ropas sobre el brazo, le despertó brutalmente del arrobamiento que le produjera aquel espectáculo cuatro veces caro á su corazón.

Al sentirse empujado, volvió Reinaldo la cabeza y reconoció á Milly, la pequeña Milly, segunda camarera de la reina, confidente y amiga sincera de entrambos.

Y en medio del ruido que hacían los operarios al colocar las decoraciones de una obra que debían interpretar los artistas de la Comedia Francesa, le hizo esta advertencia :

« Marchaos enseguida! El rey os va á llamar para felicitaros. Idos. Pronto recibiréis noticias... »

Y dicho esto, desapareció... Reinaldo miró por última vez á María Silvia y ajustándose al consejo de Milly, se aprestó á salir de la Embajada. Además no quería encontrarse frente á Leopoldo Fernando, temeroso de revelar inconscientemente la pasión que le consumía, que se pintara en sus mejillas ó que fulgurara en su mirada.

Despidió el coche y bajó á pie por los Campos Eliseos, feliz de hallarse á solas con el adorable pensamiento de su amor. Y qué amor más admirable, lleno de atroces sufrimientos, de sublimes hipocresías, de

adioses desgarradores, de furtivos encuentros, de renovadas é interminables ausencias! Porque se amaban desde hacía muchos años, antes de que Reinaldo hubiese sido presentado oficialmente en la corte de Carintia. Sí, habíanse amado en secreto que mantuvieron cuidadosamente oculto sin que nada, ni nadie lo descubriese. Revelábales este hecho que la mano de Dios los protegía, si bien es cierto que se veían obligados á guarecerse en la región de las tinieblas para gozar su atormentada felicidad, mintiendo y engañando á todos. ¡Cuántas veces sintieron deseos de huir hasta el fin del mundo, olvidándose de todo!... Mas el recuerdo de las pequeñuelas habíales impedido realizar tan insensato proyecto.

Y él, el león, Reinaldo el gitano, el elegido por su pueblo y la esperanza de su raza, habíase visto obligado á pasar la frontera como un ladrón y á rondar las ciudades como un chacal.

— Caballero, una carta para Ud...

La sombra encapuchonada alejóse rápidamente en dirección opuesta. No dudaba Reinaldo de que fuese Milly, pues creyó reconocer el perfil de su cuerpo y el timbre de su voz. Detúvose junto á un farol de gas, cerciórse de que se hallaba solo y reconoció enseguida su papel y aspiró su perfume. Abrióla y reconoció su letra:

« Esta noche, á las dos, junto á la puerta trasera de la Embajada, en la esquina que forma la calle Balzac. »

Desgarró el papel y se comió los pedazos.

No vinieron á turbarle los pronósticos sombríos de la hechicera. Toda su imaginación estaba concentrada en el recuerdo de la reina y deseábala su pensamiento con ardor de joven enamorado. Eran las once.

¿A dónde le condujeron sus pasos durante aquellas horas de espera; qué barrios visitó mientras soñaba despierto; cuáles vientos refrescaron su frente encendida?

A las dos pasó por frente á la puertezuela de la Embajada de Austrasia, en la esquina que forma la calle Balzac. La sombra encapuchonada se hallaba allí y le detuvo con un gesto: empujó la puerta, hizo semblante de escuchar y le llamó con la mano.

Subió tras ella por una estrecha escalera dejándose guiar de la mano en medio de la oscuridad.

— ¿Eres tú, Milly?

No respondió la sombra; él seguía dejándose guiar de la mano y estaba en manos del destino. Abrióse y cerróse una puerta. El se halló de pronto en una pieza tenuemente iluminada por una lamparilla y la atmósfera que allí se respiraba, tibia y discretamente perfumada, conmovióle todos los sentidos.

— ¿Quién anda por ahí?

— ¡Silvia!

— ¡Reinaldo!

Más que pronunciarlo, gritó ese nombre con terror indecible, sentándose en el lecho. Y más indicaban sus bellos brazos desnudos, que se tendían hacia adelante, rechazar á Reinaldo, que atraerlo sobre su seno.

— ¿Cómo te hallas aquí?

— ¿No me llamaste acaso?

— ¿Yo?

— ¿No me escribiste?

— ¿Yo?

— Sin duda, una cartita, diciéndome que viniera esta noche.

Saltó del lecho sin pudor, medio desnuda, balbuceando estas preguntas:

— ¿Quién te condujo hasta aquí?... ¿Cómo pudiste llegar á esta pieza?... ¿Por dónde entraste?...

Comprendió entonces que algo terrible y entre tinieblas se tramaba contra ellos.

Arrodillóse y díjole :

— Reina mía...

Ella se abrazó y estrechó desesperadamente contra su pecho jadeante :

— Desgraciado, estamos perdidos!...

Besáronse con rabia y luego intentaron abrir con manos febricitantes la puerta por donde había entrado Reinaldo.

La puerta estaba cerrada!...

María Silvia llamó á Milly con voz apagada y luego díjose entre dientes :

— ¿Cómo es posible que no haya visto á Milly en todo el día?

— ¿No has visto hoy á Milly? exclamó Reinaldo. Pues ella fué quien me entregó la carta y hasta aquí me condujo. Al escuchar esto la reina, frunció el ceño, arrastró á Reinaldo hasta la otra extremidad de la pieza y abrió una puertezuela que daba al gabinete en que ordinariamente dormía Milly y que se hallaba desierto.

— Por allí, ordenó ella.

Y de un salto llegóse á la escalera de servicio. mas en ese momento se abrió la puerta y apareció Milly, quien, al ver á Reinaldo, contuvo un grito de estupor y se les interpuso, obstruyéndoles el paso.

— Por allí no; en el descanso de la escalera hay dos oficiales. Cerró la puerta tras de sí y echóle el cerrojo. Estaba tan pálida como la reina. Al ver á Reinaldo que avanzaba sobre ella, díjole con voz apagada :

— ¿Por qué vinisteis, Monseñor, si os aconsejé que huyerais?

— Tú me condujiste á esta pieza! murmuró el gitano apretándole las muñecas mientras María Silvia corría de una á otra ventana.

Milly cayó de rodillas y al soltarla Reinaldo, clavóse las uñas en las mejillas, con ademán de loca, mientras gemía :

— Ya me imaginaba yo desde esta mañana que querían perderos!...

— Y sin embargo, nada me dijiste, exclamó María Silvia rechinando los dientes y dando vueltas por la pieza como loba enjaulada.

— Me impidieron acercarme á vos, Majestad! Me prohibieron dirigiros la palabra y durante todo el día me vigilaron... Pero se lo hice saber á Monseñor...

— Nos traicionaste y aún nos traicionas, rugió Reinaldo.

Mas María Silvia le detuvo al ver que se dirigía hacia una puerta que daba al vestíbulo del apartamento.

— No salgas por ahí, que tendrías que bajar por la escalera de honor y te reconocerían inmediatamente.

Entretanto, Milly no cesaba de gemir :

— Monseñor, gustosa daría mi sangre por salvaros, á vos y á la reina!...

— Calla! Calla! Fuiste tú quien aquí me condujo hace un momento, repitió Reinaldo mientras hacía esfuerzos prodigiosos por romper la puerta que le había franqueado la entrada.

— Juro por la Virgen y por mi salvación que eso no es cierto!...

Reinaldo abandonó la puerta y abrió cuidadosamente la ventana : daba sobre un patio donde se veían dos sombras inmóviles en actitud de espera. Cerróla y dijo :

— ¡ Ante todo, salvar á la reina!

Miró á María Silvia, quien trataba de serenarse un tanto y echábase una bata sobre los hombros desnudos.

Milly sollozaba, extendida en el suelo. Acercósele la reina y frente á frente, de mujer á mujer, gritóle :

— Es preciso que lo salves!...

Milly temblaba de pies á cabeza, rechinaba los dientes y haciendo un esfuerzo, logró articular :

— No veo sino un medio .. sólo uno... atravesar la gran galería hasta encontrar la escalera de servicio. Si logramos llegar hasta allá, sin encontrar á nadie, me encargo de lo demás...

— Mas sería preciso bajar por la escalera de honor, protestó María Silvia, y allí os encontraríais seguramente con alguna persona.

— Silencio! dijo Reinaldo y pegó el oído á la cerradura de la puerta que daba al gabinete de Milly. Permanecieron los tres en tan completo silencio que se oían distintamente los latidos de sus corazones.

Detuviéronse las pisadas en la escalera de servicio. Escucharon de nuevo, mas nada turbaba el reposo en que parecía sumido aquel inmenso palacio.

Entonces Reinaldo corrió á abrir con infinitas precauciones la puerta que conduce á la escalera de honor. Salir por allí equivalía á arriesgar el todo por el todo; con efecto ¿ no parecía acaso que premeditadamente hubiesen dejado esa escapatória y que por lo tanto podía ser aquello una celada? En fin, allí por lo menos reinaban la oscuridad y las tinieblas : era lo desconocido. Y cosa extraña, ni una luz, ni la más tenue llama de una lámpara lejana...

Quiso Reinaldo tomar inmediatamente ese camino y estrechando arduosamente contra su pecho á María Silvia, dijole :

— Por lo menos no me sorprenderán en tu alcoba.

— No creo que haya salvación para ninguno, dijo ella temblando. La única persona que puede salvarnos es Milly, pero creo que medita nuestra perdición.

Santiguóse Milly y tomándole la mano á Reinaldo, dijo ya más sosegada :

— Venid, Monseñor, que si nos sorprenden, juraré que salís de mi pieza, y si os matan, juro ante Dios que no quedaré con vida.

— Vamos! ordenó Reinaldo.

La reina tendióle por última vez los brazos, mas no lo advirtió él, que ya marchaba entre las tinieblas, conducido por Milly. María Silvia permaneció allí aterrada, sondeando la oscuridad y con el oído atento, en espera de oír súbitamente ruido de pasos precipitados, choques de lucha y quizás un grito desgarrador, grito de alarma y de adiós!... Mas nada se oyó; transcurrían los minutos, angustiosos primero, luego tranquilizadores, llenos de esperanzas... María Silvia volvía á respirar, tornaba á vivir...

... Cerró cuidadosamente la puerta de su alcoba y fué á postrarse de rodillas ante una pequeña imagen de la Virgen que nunca abandonaba. Consecuente con la educación que recibió de su madre, una española, María Silvia había puesto su adúltero amor bajo la protección de la Madre de Dios...

Oró larga y fervorosamente, hizo castas promesas, compromisos profanos y votos celestiales, y en cada suspiro pronunciaba muy quedo los nombres adorados de Reinaldo, Tania y Regina...

Quando se levantó de allí y volvió la cabeza, hallóse frente á Leopoldo Fernando, quien se hallaba tranquilamente sentado en un sillón, junto á la chimenea, y la miraba mientras se atusaba el espeso mostacho con mano displicente.

III

LO QUE ENCONTRÓ REINALDO EN LOS CORREDORES DE LA
EMBAJADA DE AUSTRASIA.

Milly y Reinaldo llegaron sin tropiezos al piso primero, aunque bien es cierto que para ello tomaron todas las precauciones posibles.

Según se infería de las rápidas palabras que pronunció Milly, todas las salidas del palacio se hallaban custodiadas, y no podía Reinaldo suponer que, desarmado como estaba, le fuera posible atropellar á los centinelas. Vinó desapercibido á aquel sarao de la Embajada, sin dar crédito á los augurios de Giska que le predijeron sería aquella la hora más trágica de su vida. Era terrible su situación, sobre todo si consideramos que de la venganza de un hombre como Leopoldo Fernando podía esperarse todo, hasta lo más horrible. Y á la merced de él se hallaba en la Embajada de Austrasia, pues dentro del recinto del palacio todos los príncipes del Imperio beneficiaban ampliamente del privilegio diplomático de exterritorialidad. No le era permitido á la policía francesa investigar lo que ocurriese en la Embajada y por lo tanto, impunemente podían sacrificar al

infeliz Reinaldo, sin que nadie pudiese socorrerle. Sin embargo, más que todo esto preocupábale la suerte de su augusta querida...

Nada importaba su existencia si á ese costo se lograba la salvación de María Silvia... Y continuaba marchando tras de Milly, en la oscuridad, mientras pensaba en ella con angustia indecible.

Asidos de la mano como iban, sentía Reinaldo el temblor de la chica y la inseguridad con que avanzaba, lo cual le infundía recelos, pues si en realidad había medios de salvarlo, no era posible perder tanto tiempo. Además, presentía entre las tinieblas, invisibles celadas y asechanzas. ¿A dónde iba? ¿A dónde le conducirían? ¿Qué sería de él? Lo ignoraba; no conocía el camino, pues era aquella la primera vez que visitaba la Embajada de Austrasia.

Silencio y oscuridad por todas partes. Abrieron á tientas una puerta que chirrió. Detuviéronse, ahogando la respiración y prestando el oído, mas, como nada se oyerá, continuaron avanzando, siempre entre tinieblas. Crujió el enmaderado del piso y franquearon otra puerta que sintieron *cerrarse sola* tras ellos. Milly lanzó un ligero grito y luego sólo se escuchó el ruido sordo y jadeante de una lucha terrible que estremeció la oscuridad.

.....

Por fin vióse brillar una lámpara en la extremidad de la pieza, y á su tenue fulgor, la blancura impecable del uniforme y la calva reluciente de un oficial que leía con atención los expedientes.

En la penumbra, á derecha é izquierda, divisábanse otros dos uniformes, cuyos botones, bordados y chaqueteras reflejaban algunos rayos de luz. De entre las tinieblas surgió una nueva lamparilla que iluminó dé-

bilmente el tramo derecho y tras de la cual sólo se veía el brillo de una empuñadura de sable.

La colocación de aquellas figuras, apenas visibles, trae á la memoria el recuerdo de un tribunal militar congregado con urgencia de noche para dictar un fallo rápido y terrible sobre algún asunto secreto, que no puede tener más desenlace que la muerte del acusado, á quien fusilarán en algún foso, de madrugada y á la chita callando, ó de noche, en algún subterráneo.

¿Qué podía importarle un crimen más á aquella terrible raza de los Wolffburg, que desde hacía tantos siglos reinaba en Austrasia? Por los salones de sus palacios y á lo largo de las murallas de sus castillos feudales, donde todavía ejercían el poder arbitrario de los margraves, veíanse las huellas de su política sangrienta y vagaban, acusadores, los fantasmas de sus víctimas...

Reinaldo, ya de pie, aunque con las manos atadas y rodeado por cuatro guardas que desenvainaron las espadas, vió todo aquello, lo adivinó, y comprendió que se aproximaba el desenlace de la celada.

Con evidencia no vendría Leopoldo Fernando, cobarde como era, á ejecutar personalmente su venganza.

Todos callaban y sólo se oía el ruido que hacía el presidente al voltear con calma las fojas del expediente que examinaba.

No se prolongó mucho el silencio, pues la sombra de la derecha, que estaba de pie, leyó algo de lo cual se infería que « por orden del emperador » constituíase un tribunal extraordinario, militar y secreto para juzgar á Reinaldo Rakovitz Iglitza, de origen valaco, nacido en Hungría, súbdito austriaco, sindicado de traición y de alta felonía. Luego la voz seca y agresiva procedió á leer un acta en que se relatava lo siguiente :

que Reinaldo Rakovitz Iglitza cultivaba relaciones con todos los enemigos del Imperio, tanto internos como externos y que había formado una vasta agrupación de la cual era jefe y que tenía como objetivo dar en tierra con el régimen existente y levantar en armas, simultáneamente, á las diversas agrupaciones que constituían el Imperio de Austrasia... para establecer en definitiva una nueva federación compuesta por todas las nacionalidades del bajo Danubio, reconociéndole á cada raza su autonomía y especialmente á la raza bohemio-gitana, de la cual era en la actualidad jefe reconocido y á la que había prometido devolverle los extensos territorios y antiguos privilegios de que gozaron antaño en Hungría.

En castigo de lo cual, pedía el fiscal se le aplicara la pena de muerte al nombrado Reinaldo Rakovitz Iglitza.

Escuchó Reinaldo la lectura del acta de acusación sin hacer un movimiento ni un ademán; por el contrario, su sombra permaneció erguida entre las sombras.

Habíalo perdido todo, patria y querida. Mas ¿quién sería el traidor, quién? Aquella oculta comedia de proceso político iba encaminada con evidencia — y así lo entendía él — á encubrir la venganza del esposo ultrajado. Al hacerle pasar por la alcoba de la reina, habían querido darle á entender, sin que sobre ello se pronunciase una sola palabra, cuál era el verdadero motivo de su desgracia.

Calló la voz del acusador y de nuevo reinó el silencio, pesado y terrible.

En medio de aquella calma trágica, donde se preparaba militarmente un crimen, oyó Reinaldo de pronto, *sobre su cabeza*, el repique *de doce campanadas*.

Profundamente conmovido, murmuró :

— *Las dos y cuarto ; de manera que Dios está en contra nuestra !*

Y desde aquel momento consideróse definitivamente perdido : recitó una corta oración y esperó.

Al fin levantó la cabeza el presidente para hacerle algunas preguntas, que Reinaldo no contestó.

Acercósele entonces un oficial que traía una pequeña linterna en la mano y mostrándole unos papeles, preguntóle si reconocía en ellos su letra.

No respondió.

En aquel instante supremo solo tenía puesto su pensamiento en *ella* y en las dos criaturas. Por eso tembló ligeramente. ¿Qué suerte se les deparaba? María Silvia, Regina, Tania, santa trinidad que llenaba su corazón hasta desbordarlo.

Despertóle del sueño un ruido de sables : el tribunal estaba en pie. Leyó el presidente la sentencia condenándole á sufrir la pena de muerte, mas no decía la sentencia de ese tribunal extraordinario qué clase de muerte le aplicarían.

Lleváronselo é hicieronle atravesar un espacioso salón oscuro y luego introdujéronle en una pequeña pieza donde no había ningún mueble é iluminada tristemente por una lamparilla que colgaba del techo.

Una vez allí, los cuatro oficiales que le acompañaban esculcáronlo minuciosamente y no habiéndole encontrado arma ninguna, dejáronlo solo, con las manos atadas.

Reinaldo paseó la mirada en derredor suyo para ver en qué dirección vendría la muerte.

IV

LA RISA DE LA REINA

Acercóse Reinaldo á la ventana mientras trataba de desligarse mañosamente las manos. Era un hueco abierto en el muro y cruzado por fuertes barrotes de hierro, al través de los cuales y alzando la vista, lograba divisar los Campos Elíseos, algunas luces, coches que pasaban con ruido discreto, toda la vida nocturna de París, del París moderno que lo rodeaba y en cuyo seno el odio y la audacia de un Wolfburg habían resucitado un tribunal de la edad media para decapitarlo en silencio.

Púsose á dar vueltas por la pieza, interrogando las murallas, escrutando las sombras para ver qué camino traería la muerte ó por qué puerta habría de entrar, mas sólo pesaba el silencio.

¡Cuán horrible es la espera de la muerte en la pieza de ese palacio, en el corazón mismo de la civilización!... ¡Cuán horrible es pensar que entre esas cuatro paredes modernas se considera uno más perdido que en un calabozo inquisitorial!... Al través de su imaginación caldeada cree ver por momentos que las formas

inmóviles cobran vida y arremeten contra él, que los cuadros cambian de sitio, que la lámpara se desprende del techo, que algo sombrío sale de la chimenea.

...Pero he aquí que un incidente extraordinario vino á erizarle los cabellos. Súbitamente, sin saber si era arriba á abajo, á derecha ó á izquierda, pero sintiéndolo por todas partes en derredor suyo, oyó una carcajada, una *carcajada de la reina*. Ah! no podía confundir aquel sonido ni aun en tan extraña circunstancia.

Jamás salió risa más aterradora de los labios de una loca : era un reír incesante y entrecortado, que subía en *crescendo* delirante y formidable, ora con sonidos lúgubres como sollozos, ya claros y agudos hasta el espasmo, como los de alguna persona que no pudiese contener los impulsos de gozo increíble... Sin embargo, cuando parece calmarse aquella tempestad de risa, empieza de nuevo, con sacudimientos precipitados y recorre toda la gama de la locura.

— La reina está loca! La reina está loca! rugió Reinaldo mientras hacía esfuerzos sobrehumanos por romper las ligaduras.

La risa continuaba, atroz, desgarradora, y Reinaldo, lleno de horror, preguntábase qué nuevo suplicio le habían reservado á María Silvia para que Leopoldo Fernando obtuviese tamaña risa!

— ¡Socorro! ¡Socorran á la reina!

Abrióse una puerta y precipitóse sobre Reinaldo un monstruo echando espuma, bavoso, con la mandíbula pronta á morder como bestia feroz que huele su presa, los ojos inyectados de sangre y los cabellos erizados.

— Díme, rugió, delirante, Leopoldo Fernando. Díme *cuánto hace!* Si me lo dices te perdono la vida. Dí *¿cuánto hace?.....*

Y para que pudiese responder, cesó de estrangular á Reinaldo.

— ¡Nunca lo sabrás!

Por la puerta entreabierta óyese más cercana la risa de la loca.

— Oye á la reina, dijo el verdugo. Escúchala : está loca, ¿entiendes? Enloqueció cuando se lo pregunté y me contestó como tú. Porque yo necesito saberlo, ¿ves, comprendes, ah! por fin comprendes?

Y en su furor criminal, en su necesidad de oprimir carne, de verter sangre, de sentir palpar entre sus manos impacientes una vida que expira, arrojóse sobre él y apretóle la garganta.

— ¿Regina y Tania son hijas tuyas, verdad?

Reinaldo comprendió y arrancándose como pudo á las garras del monstruo, pudo exclamar, con voz agonizante.

— No, bien sabes que eso no es cierto!

— Mientes! Regina-Tania, Tania-Regina, las dos llevan tu nombre, Reinaldo. ¿No es cierto que son tus hijas? Dílo, y te perdono la vida. Responde! ¿Respondes que no? Debieras decir que sí y te perdonaría la vida y me sacarías de esta horrible pesadilla!... Si confiesas te envío con tus hijas á morir lejos de aquí. Bien comprendes que no puedo aceptar á tus bastardas en las gradas de mi trono. ¡Dos bohemias en el trono de Carintia!..... Te irás enseguida con ellas si me dices la verdad. ¿Verdad que son tus hijas?

¡Con qué horrible movimiento de mandíbula lo decía : « ¿verdad que son tus hijas? »

Reinaldo hizo un gesto de indiferencia :

— Estás loco!

— Quien está loca es la reina. También juróme ella que no eran hijas tuyas, pero mintió. Necesito conocer

la verdad, pues de lo contrario no podré vivir, y si no me la decís vosotros, moriréis. Dime que son hijas tuyas y te perdono la vida.

Reinaldo repitió :

— Estás loco !

Asíóle Leopoldo por los hombros y estremeciéndole le dijo :

— ¿Imaginas acaso que me vengaré en tus hijas? Me crees capaz de semejante crimen? No me respondes. Guardas el mismo silencio que la reina.

Reinaldo repitió una vez más :

— Estás loco !

Mas el otro se exasperó :

— ¿Quieres saber porqué está loca la reina? Pues bien, lo sabrás, sabrás mucho más que yo, que nada sé. ¿Son hijas tuyas? ¿Lo son mías? Y en la duda, ¿presumes tú lo que yo hago cuando dudo?

— ¿Qué haces?

El monstruo, echando espuma, oprimióle de nuevo la garganta :

— Mato! gritó. Reinaldo, tus hijas están muertas!

Están muertas!... muertas!... las maté yo... y por eso está loca la reina !

— Mientes !

Escupió el mentís á la cara del verdugo con ímpetu tal que al mismo tiempo se irguió con las manos libres...

Rápido como el rayo, asíó la empuñadura del sable de Leopoldo y lo sacó de la vaina. No pudo el príncipe impedir la maniobra y al ver brillar el acero, lanzó un grito terrible.

A su grito contestó otro, y una arma salida de entre las tinieblas vino á parar el golpe de Reinaldo y á herirle en la mitad de la frente.

Reinaldo tambaleó, alargó el brazo, dejó caer el sable

de Leopoldo Fernando, paró con la mano un nuevo golpe que le cortó los dedos y cayó de rodillas, no en demanda de gracia, sino para morir... Sentía que se le escapaba la vida á borbotones por la herida.

Junto á Leopoldo Fernando estaba el hombre que había acometido en actitud de acometer nuevamente. Reconociólo Reinaldo.

— El Príncipe Rojo !..... murmuró. Asesino!...

El rey, inclinado sobre Reinaldo, le gritaba :

— Te vendiste, Reinaldo !...

Ya ves que sí son tus hijas ! Ahora que sé la verdad, puedes ir tranquilamente á reunirte con ellas, como te lo había prometido.

Pesó un horrible silencio... Reinaldo, haciendo un esfuerzo supremo, logra sostenerse sobre sus rodillas, levanta la cabeza, mira de frente á su verdugo y exclama :

— No son hijas mías!... Y si las mataste, has sacrificado á dos inocentes... Pero no es posible, tú mientes! Regina y Tania no están muertas!

Leopoldo Fernando alzó á Reinaldo, le arrastró hasta la puerta y díjole :

— Mira!

Entonces Reinaldo, enjugándose la sangre de la frente con la sangre de las manos, divisó al través de sus lágrimas rojas y en el extremo de la galería, una lucecilla y un ángulo de alcoba iluminado donde se distinguía vagamente una mancha blanca.

— Arriba! Más ánimo, que no has de morir sin verlas por última vez, decía Leopoldo Fernando, y dirigiéndose á su cómplice, continuaba :

— Golpeaste con demasiada fuerza, Carlos. Este desgraciado puede morirse antes de ver á sus hijas. Ayúdanos.

Sostenido por Leopoldo Fernando y por el Príncipe Rojo, avanza Reinaldo con la mirada fija en la luz. En tanto la risa comienza de nuevo, le envuelve, parece saltar en derredor de la mancha blanca...

A medida que se acerca ve cambiar la decoración: la mancha blanca es una cama y la luz que ilumina el cuadro, cuatro cirios encendidos en las cuatro extremidades de la cama. Con un esfuerzo más, llega á la pieza.

Extendidas en la cama y cubiertas hasta el cuello, dos formas humanas muestran sus semblantes: son las formas gemelas y los semblantes tan adorablemente parecidos, tanto en la muerte como en la vida, de Regina y de Tania.

Sobre la sábana reposaban sus manecitas, en actitud de orar.

Los ojos horrorizados de Reinaldo claváronse en aquel espectáculo de muerte y los de Leopoldo Fernando no abandonaban un momento á Reinaldo.

— Mira, díjole, cómo reposan. Mas hay algo que debe consolarte, si eres buen padre, y es saber que murieron sin dolor.

Reinaldo, ya agotado, extendió las manos ensangrentadas sobre el lecho y entreabrió los labios... ¿Confesaría?...

Con cuánta ansiedad esperó Leopoldo Fernando el supremo clamor que se escaparía de esa boca, inclinada su faz horrible sobre el semblante de su víctima, bañado en lágrimas de sangre! Mas en esa posición no podía ver Leopoldo Fernando lo que veían los ojos casi apagados de Reinaldo... Este vio que una de las princesitas entreabría los párpados y trataba durante un momento, con gran esfuerzo, de mantener fija su vívida mirada, para cerrarlos luego, vencida por el sueño...

Y una inmensa alegría rebosó en su pecho agonizante. Sus hijas adoradas no estaban muertas! Todo aquello era una pura comedia urdida por el otro para *conocer la verdad*...

Ya despertarán las reales gemelas, cuando les pase el efecto del narcótico.

Y entonces... he aquí que Leopoldo Fernando escucha de la boca expirante de Reinaldo:

— Leopoldo Fernando, Dios te ha castigado!... Mataste á tus propias hijas!...

Arrojándose sobre el moribundo, gritale el príncipe:

— Júralo! Júralo! Mira que vas á morir! Júralo por tu salvación eterna!

— Lo juro por mi...

Y lanzando un suspiro agónico, al cual contesta tras las paredes una risa infernal, levántase por última vez y va á caer sobre los labios pálidos de una de las gemelas, para acabar allí la frase y morir!...

Leopoldo Fernando arrancó con furia á Reinaldo del lecho á donde fué á exhalar el último suspiro, lo arrojó por el suelo é inclinándose sobre él, lo miró y puso el oído sobre el pecho:

— Creo que está muerto, dijo. Constátalo tú, Carlos.

Inclinóse Carlos sobre el cadáver, apartó los vestidos que cubrían aquel noble pecho, y alzando el puñal, se lo clavó hasta la empuñadura:

— Para quedar más seguros, dijo.

Levantóse Leopoldo Fernando, apartó el cadáver con el pie, volvió á contemplar la cama donde yacían las dos formas cubiertas por el paño mortuario, y se le oyó pronunciar esta sola palabra: *Saber!*

Inclinábase más sobre aquellos dos semblantes tan bellos y tan jóvenes, que en realidad parecían muertos, cuando, súbitamente, no pudo contener una ronca exclamación. Con mano temblorosa señaló una de las dos cabezas :

— Mira, Carlos! Mira !...

Sobre la frente marmórea, entre la espesa cabellera más negra que la noche, *acababa de aparecer una mecha blanca.*

Permaneció sin movimiento, estupefacto ante aquel fenómeno... sin poder comprender...

Al fin, calmando su emoción y con voz alterada, dijo :

— Así por lo menos será fácil distinguirlas. Vamos, Carlos.

Y saltando por sobre el cadáver, alejéronse el verdugo y su ayudante...

Cesó la risa tras de las paredes...

Pasaron algunos minutos sin que nadie viniese á turbar el silencio de aquel cuarto fúnebre en que yacía un cuerpo más... Luego se abrió una puerta y una anciana sollozante, envuelta en velos negros, una anciana y noble dama, coronada por blanca cabellera, avanzó hacia el cadáver, cayó de rodillas ante él y puso un beso en la frente ensangrentada de Reinaldo.

Después de lo cual, sacando del bolsillo del chaleco « el reloj del muerto », levantóse, santiguóse y dijo en voz alta :

A las dos y cuarto
y del tiempo al son :
Que Jesús se encuentre
en tu corazón (1).

(1) Por aquella época, la policía y los periódicos hicieron una vana y misteriosa investigación con el objeto de conocer las

causas de la trágica muerte de Reinaldo Rakovitz-Iglitza. Se encontró el cuerpo á orillas del Sena en la madrugada del día siguiente al en que tuvo lugar la fiesta en la Embajada de Austrasia, mas como tenía en la frente una horrorosa herida de sable, creyóse comunmente que había sucumbido en un duelo con alguno de los oficiales que acompañaban al rey de Carintia. Y cosa extraordinaria, inhumaron el cuerpo al siguiente día de haberlo hallado. Mucho chocó tal precipitación. Poco tiempo después, cuando se conoció en las cortes europeas la noticia de que la reina de Carintia estaba loca y que la habían encerrado en un convento del Imperio, aprovecharon esa coyuntura algunas hojas parisienses, que de tiempo atrás venían haciendo campaña contra la casa de Austrasia, para recordar la extraña muerte de Reinaldo Rakovitz-Iglitza, enlazar los dos acontecimientos apuntándoles al margen vagos comentarios sobre los instintos salvajes y brutales de Leopoldo Fernando y sobre la amistad que, en otros tiempos, le profesó Maria Silvia al gitano, cuando éste les daba lecciones de violín á las princesitas reales, en la corte de Klagenfurth.

FIN DEL PRÓLOGO.